

LA LENGUA ESPAÑOLA EN FILIPINAS DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX*

FLORENTINO RODAO**
Universidad de Tokio

ESTE ENSAYO abarca el periodo que va desde la partida del último gobernador español de Manila hasta los primeros años de la independencia del Archipiélago, cuando el senado filipino aprobó algunas leyes que instituían una política que estipulaba la enseñanza obligatoria de la lengua española en las escuelas.

En el pasado, la opinión más aceptada sustentaba que la lengua española en Filipinas había desaparecido gradualmente, a medida que moría la población educada que quedaba del periodo español. Creo que hay que revisar esta generalización. Este proceso de “languidecimiento” de la lengua española no fue tan gradual como se supone y, de hecho, se mantuvo relativamente bien durante las primeras cuatro décadas después de la revolución filipina.

El contexto tras la salida de los españoles

Con el objeto de lograr una imagen clara de este tema, debemos analizar como punto de partida los primeros años del siglo XX, después de la colonización de Filipinas por Estados Unidos.

En los primeros años de la ocupación estadounidense, era bastante obvio que Estados Unidos no tenía una clara idea de

* Este trabajo fue presentado en la Conferencia de la Asociación Internacional de Hispanistas de Asia (IAHA) realizada en Tokio, del 5 al 9 de septiembre de 1994.

** El autor agradece la valiosa colaboración de Richard M. Rivera en la redacción y revisión de este texto.

qué hacer con Filipinas, en buena parte debido a lo inesperado de su conquista. Tras la caída del décrepito imperio español, se aceptaba universalmente que Cuba quedaría bajo la tutela de Washington, pero nadie sabía a ciencia cierta qué iba a ser del Archipiélago filipino. No obstante, Alemania y Japón eran entonces ansiosos candidatos para convertirse en nuevos amos coloniales en Manila, y esto provocó una política cautelosa por parte de Londres, que logró comprometer a Washington en lo que era entonces, como señaló Ian Brown, una "colonia económica" de Inglaterra.

España, por su parte, se vio totalmente liberada de su imperio del Pacífico. A diferencia de Cuba, que era la "joya del Imperio" y una pródiga fuente de fortunas y rentas, Filipinas y el resto de la Micronesia constituían un constante drenaje de recursos. Las posibilidades que tenía España de hacer del Archipiélago asiático un territorio viable finalizaron con el fracaso político de la expedición a Indochina (1848-1863), que impidió que España se apoderara de parte del territorio de esta península. Los únicos territorios anexados tras esto, en la Micronesia, no se encontraban en la ruta a España desde Filipinas, como hubiera sido más conveniente, sino más alejados. Así pues, cuando en 1898 España perdió la guerra con Estados Unidos y se dio cuenta del deseo estadounidense de apoderarse de Filipinas y Guam, le entregó de buena gana el resto de su antiguo imperio del Pacífico. Comenzaron entonces las negociaciones con el imperio alemán, que en principio sólo deseaba conservar algunas de las restantes islas de Micronesia. Las negociaciones concluyeron de inmediato y el resto de Micronesia fue vendido a Alemania, incluso antes de que el Tratado de París se firmara con Washington. Tras la pérdida de Filipinas y del resto del imperio del Pacífico, España tuvo que buscar una compensación y se embarcó en una nueva empresa colonial en Marruecos.

Desde entonces sólo algunos grupos particulares mantuvieron lazos con Filipinas, especialmente las órdenes religiosas y algunas empresas comerciales como La Tabacalera que, dicho sea de paso, era propiedad de españoles, pero la mayoría de las transacciones de los españoles se llevaban a cabo con la potencia colonial en el poder, Estados Unidos.

El pueblo filipino tenía respecto de su relación con España una actitud ambivalente, similar a la del resto de los países latinoamericanos durante sus luchas de independencia: España podía ser odiada y había resistencia contra ella, pero en relación con la lengua española no existía semejante oposición porque estos países ya la consideraban como su propio idioma. Fue así como surgió una situación en la que el desarrollo de la lengua española iba a recibir su impulso principalmente de Filipinas y no de España.

La lengua española durante el periodo estadounidense

La política aplicada por Estados Unidos¹ en Filipinas instituyó el inglés como el idioma principal que se usaría para la educación. Esta política a largo plazo para apoyar el aumento anual del número de hablantes de inglés en Filipinas no impidió, sin embargo, que la lengua española mantuviera una posición resistente dentro del sistema educativo. Esto se debió a que muchas instituciones educativas privadas —características del sistema educativo durante el periodo estadounidense—, y en particular las administradas por órdenes religiosas, persistieron en enseñar español, con lo que un número considerable de jóvenes filipinos siguió siendo hablante de español.

Sin embargo, después de la primera guerra mundial, las autoridades de Estados Unidos comenzaron a presionar cada vez más a las escuelas privadas para que enseñaran inglés (Alzona: 335). Tal como ha señalado Frederick Fox, “hacia el final de la administración estadounidense, el uso del inglés, especialmente a nivel de la educación básica, fue cada vez más controvertido” (Fox: 341).

Las universidades católicas, bajo la presión de una sociedad que cambiaba gradualmente y empujadas por las autoridades coloniales, siguieron el ejemplo y adoptaron el idioma del amo colonial. Se empezó por el Ateneo de Manila,² y se siguió

¹ Hasta 1935, el Ministerio de Educación Pública fue el único dirigido siempre por un norteamericano.

² Cuando los jesuitas españoles se mudaron en masa a Bombay, India.

hasta alcanzar incluso el bastión de los españoles en Manila: la Universidad de Santo Tomás.

Un análisis del censo

El Censo de Filipinas revela claramente la disminución progresiva del número de hispanohablantes en el Archipiélago, a partir de la mencionada política de utilización del inglés como medio de comunicación en el país. En 1918, se registraron 757 463 personas, mayores de 10 años, que sabían hablar español. Pero el censo de 1939, que incluía a todos los grupos de edad de la población, registró casi la mitad de ese número: 417 375. De una población calculada en aproximadamente 16 millones, el número de hispanohablantes decreció hasta constituir sólo el 2.6% de la población. Esto se refleja en una observación del Censo que muestra claramente la decadencia del español en Filipinas: “Salvo que haya un decidido aumento en el uso del español, bastará una generación para que el número de personas capaz de hablarlo descienda alrededor de 1% de la población” (Censo de 1939: 330).

Había, sin embargo, preguntas que aún no tenían respuesta. ¿Qué tan fiable fue el Censo? ¿Daba éste una imagen fiel de la situación existente? ¿Había numerosos hispanohablantes o sólo unos pocos? Para encontrar una respuesta, será conveniente analizar los resultados del Censo con más detalle. En primer lugar, quisiera mencionar algunas dudas acerca del modo en que se hizo el Censo. Parece que no había posibilidad de señalar más que una de las lenguas extranjeras que se hablara. En la gráfica de “Personas que hablan idiomas extranjeros”, simplemente se sumaron las cantidades de cada idioma para señalar que 4 831 465 personas —una de cada tres— hablaba un idioma de origen extranjero, pero no se consideró a quienes sabían hablar dos o más idiomas. Otro punto que resulta más bien extraño es que el número de franco y germanohablantes de las islas coincidiera exactamente con el número de ciudadanos alemanes y franceses (1 129 y 197), pues debería haber otras personas que hablaran esos idiomas, en particular quienes los necesitaban: los médicos, los científicos e incluso

las sirvientas. Sólo podemos suponer que la razón que explica estos aparentes errores es que quienes llenaban las formas del Censo sólo podían escoger uno de los idiomas extranjeros que hablaran. Por ello, probablemente no hubo un cálculo preciso del número correcto de hablantes de español, alemán o francés en Filipinas, pues esta cantidad de personas pudo haber disminuido dentro del total de aquellos que conocían uno de estos idiomas pero hablaban inglés mejor y, de la misma manera aquellos que hablaban español y además francés o chino, quienes seguramente sabían hablar también inglés. Por otro lado, en lo que respecta al español, hay un cuadro de grupos por edades que muestra el restante 2.6% de la población considerada hispanohablante, pero que aparece enlistado como: “Personas que no saben hablar español”.

Existen otros datos —aunque menos confiables— que sugieren la existencia de una proporción mayor de hispanohablantes en las islas, y que señalan incluso cifras superiores al millón de personas. Esta fue la cifra que dio el *Times*, aunque la categoría de “gente que tiene un poco de conocimiento del español”, bajó justo después del estallido de la guerra en el Pacífico.³

Al cabo de 40 años, el número de hablantes de español es, no obstante, bastante alto si lo comparamos con las dos colonias europeas más cercanas de Asia. En la antigua Indochina, la influencia del francés ha desaparecido casi por completo luego de cuarenta años del fin del dominio de Francia, sin que haya gente joven que lo hable —aunque pudo haber seguido usándose como *lingua franca* entre los antiguos Estados de Laos, Camboya y Vietnam. Y en Indonesia podría decirse que el holandés sólo lo usan los historiadores. Probablemente hoy en día el español se use más en Filipinas que el holandés en Indonesia, a pesar de una diferencia de cincuenta años.

Retomando los datos que arroja el Censo, observamos que la base de los hispanohablantes era más sólida que la de los hablantes de inglés, la cual se concentraba casi exclusivamente

³ “Roman Catholics in the Philippines. Religious Ties with Spain”, *Times*, Londres, 4 de febrero de 1942.

entre las edades de 10 y 54 años. El marcado descenso del uso del inglés entre personas mayores de 54 años muestra que lo usaban más las personas nacidas antes de 1898; sin embargo, el hecho de que menos de 1% de los niños menores de 5 años hablara inglés revela que ese idioma se aprendía en las escuelas, no en el hogar. Cabe señalar aquí otro factor importante: aunque los hablantes de inglés sobrepasaban a los hispanohablantes en más de 10 veces (4 259 549 contra 417 375), el Censo muestra que el único grupo de edad con mayoría de hispanohablantes no era el de la gente mayor sino el de los menores de 5 años de edad de (10 000 a 14 000). El Censo subrayaba claramente este hecho y afirmaba que “el español todavía tiene una base más estable que el inglés, particularmente si la enseñanza del inglés en las escuelas se descontinúa [...] El español sigue usándose más que el inglés en las casas” (Censo de 1939: 330).

Baluartes de la lengua española

Pasaremos ahora revista a los bastiones del idioma español en Filipinas durante el periodo del Commonwealth, aparte de los lugares señalados en el Censo que eran Manila y otras cinco provincias: Zamboanga, Rizal, Iloilo, Negros Occidental y Davao.

La comunidad española

Si bien esta referencia resulta obvia, hay que señalar que dicha comunidad era, por así decirlo, “una comunidad en expansión”, y que a finales de los treinta estaba constituida por entre tres mil y cuatro mil personas, según la fuente consultada. Sin embargo, el aspecto más importante de esto fue la forma en que este grupo se convirtió en parte de la sociedad filipina, ya que era muy difícil diferenciar entre un español puro y un mestizo de español y filipino. Aún hoy resulta difícil distinguir a un ciudadano español sin mezcla de sangre de un español-filipino. En cierta forma, cualquier filipino con algo de sangre española (aunque fuera debida a relaciones extramatri-

moniales, o a algún fraile, como el presidente Quezón), se sentía orgulloso de ello, y estaba cultural y sentimentalmente ligado a lo español. En la actualidad, una de las comunidades hispanohablantes probablemente más importantes de Filipinas se encuentra en la ciudad de Bais, donde antiguamente existía un ingenio perteneciente a La Tabacalera. En esta ciudad hay aproximadamente cien personas, incluso jóvenes, que todavía usan el español como medio de comunicación, aunque sólo dos de ellas sean ciudadanos españoles.

Tal era el sentimiento general prevaleciente en Filipinas durante los años treinta, en particular al comienzo de la Segunda República (1931) y durante la guerra civil española (1936-1939). Un claro signo de estos lazos era la libre mezcla de los filipinos mestizos con españoles puros, en particular en los debates y actividades políticas. No debemos pasar por alto que en esa época la cultura española, de una manera o de otra, era considerada como superior a la “nueva” cultura estadounidense. El clásico atractivo de la cultura europea, los lazos históricos con España y cosas por el estilo, hacía que estas personas menospreciaran de alguna manera a los colonialistas norteamericanos. Justo al terminar la guerra, el número de mestizos, cuarterones y demás, se calculó en medio millón, aunque esa cifra era probablemente superior.

Las comunidades extranjeras

Al realizar las entrevistas, resultó sorprendente encontrar una persistencia del español entre las comunidades extranjeras aunque las razones de este hecho, en el caso de los europeos o los estadounidenses, se deben a que éstos pertenecían a las clases altas entre las que el español se usaba ampliamente. En el caso de los mestizos chinos la razón también es histórica, pues durante el periodo español se les permitía hablar la lengua española pese a no ser “naturales” o locales. Otra razón ha debido ser que el español era la lengua usada en los negocios. También se han encontrado referencias a sirios, libaneses y gente de otras nacionalidades que hablaban español.

El sistema judicial y la religión católica

Dos importantes instituciones en las que el español se utilizaba más que el inglés, al final del Commonwealth, eran los juzgados y la religión católica. En el primer caso, haber heredado el Código español hacía obligatorio que todo aquél que estudiara leyes, aprendiera español. El cuerpo Legislativo filipino y los juzgados escribían sus documentos en español con traducciones al inglés, y durante el Commonwealth probablemente era más fácil encontrar un abogado que no hablara inglés que uno que no hablara español. Algo que me propuse averiguar es cómo le tomaban declaraciones a los filipinos que no hablaban español o inglés, pero no encontré ningún caso. Por lo que toca a la religión católica, los frailes españoles seguían conservando un poder considerable en el seno de la iglesia y en la educación de los nuevos frailes, como podemos ver en el caso del cardenal Sin. Durante los años treinta, el arzobispo de Manila fue el irlandés Michael O'Doherty, quien hizo sus estudios en Salamanca y hablaba muy bien el español. Estaría de más referirnos a los dominicos o a la Universidad de Santo Tomás, pero la labor de las monjas españolas también fue muy importante en la enseñanza del español a las jovencitas pertenecientes a las clases altas.

La lengua de las capitales de las provincias

También resultó sorprendente encontrar referencias indicativas de que la élite de los pueblitos usaba el español como una forma de diferenciarse de los demás filipinos. Estas referencias no son de tipo estadístico, pero parece que por lo menos el español se usaba tan ampliamente como el inglés en las ciudades secundarias.⁴

⁴ "En las ciudades provinciales y en las principales cabeceras de pueblo, el castellano es usado aun tanto como el inglés, y en gran número de ellas con más preferencia que la que se le da en algunos centros gubernamentales y sociales de Manila". Vitalicio R. Martínez, "¿Decadencia del español?", *Philippine Free Press*, 26 de agosto de 1939, p. 65. En una convención de gobernadores de las provincias, que se llevó a cabo en 1938, todavía predominaba el español. Véase también "Tópicos hispano-filipinos", *Democracia Española*, Manila, 28 de febrero, 1938.

La administración y los negocios

En estas áreas el español también se usaba mucho, aunque al final el inglés lo sobrepasó. En el terreno administrativo esta persistencia del español se debió al predominio de los españoles mestizos en el gobierno, mientras que en los negocios el grupo dominante eran los mestizos, los chinos y los españoles, o la gente relacionada con ellos, y tenían el control en ciertos campos (el azúcar, la compañía Tabacalera, etcétera), por lo que el español seguía compitiendo con el inglés como *lingua franca*.

La lectura

En el terreno de la lectura no sólo estaban los libros escritos por Rizal y los demás revolucionarios, y la literatura escrita en 1902, como la de Balmorí, Recto y otros, sino también los 80 000 ejemplares de periódicos vendidos cada día. Las dos imprentas más grandes editaban diarios en las tres lenguas más importantes de las islas: inglés, español y tagalo. En Manila, el periódico más popular era *The Philippines Herald* y después seguía el periódico tagalo *Mabuhay*, con una circulación de aproximadamente 23 y 21 mil ejemplares, respectivamente. Luchando por el segundo y tercer lugares estaban las publicaciones equivalentes en español: *La Vanguardia* y *El Debate*. Sin embargo, ambos periódicos juntos, con un tiraje respectivo de 18 y 13 mil ejemplares, vendían más que cualquiera de los otros (McCoy y Rocas: 17).

Creo que lo importante de estos diarios en español no era sólo cuántos se vendían, sino su punto de vista editorial, que podría considerarse como propulsor de un nuevo tipo de moderacionismo. Mientras los periódicos en tagalo y en los dialectos locales se consideraban más nacionalistas, y los publicados en inglés se inclinaban bastante más hacia la perspectiva norteamericana, los diarios en español se ubicaban a medio camino, impulsando una especie de moderacionismo, probablemente como resultado de las necesidades emergentes de la sociedad filipina como un todo.

El "filipinismo"

La última característica del español que quiero destacar es la de su "filipinismo", por así llamarlo. Sin lugar a dudas, dentro de la sociedad filipina, España desempeñaba el papel de defensora de la nación filipina, pues éste fue un concepto creado durante el periodo español. La identidad española tuvo que ser la principal defensora contra los desafíos suscitados por los intereses locales o coloniales extranjeros. Vicente Rafael señaló que las élites de Filipinas tendían a usar ocasionalmente la lengua vernácula al conversar con la gente de sus ciudades o con la familia, inglés con los funcionarios norteamericanos y español entre ellos. El español, por lo tanto, era la *lingua franca* de la élite filipina, y la lengua que favorecía su solidaridad y —no lo olvidemos— sus privilegios (Rafael: 70).

Cabe decir que junto a este papel nacionalista, el español tuvo también una especie de significado anticolonial, pues el hecho de no adoptar el inglés como *lingua franca* a pesar de hablarlo, se traducía en una especie de resistencia a la potencia colonial de ese momento. Por ello el español adquirió un papel extraño: era la lengua de un poder colonial, pero se usaba como un instrumento anticolonial; una lengua colonialista jugando un papel anticolonialista. Nuevamente en palabras de Rafael: "El español (como un complejo cultural) quedó investido como un espacio para la resistencia anticolonial entre la *intelligentsia* filipina, tras el periodo de la colonización española".⁵

Al referirnos a la *intelligentsia*, también incluimos a quienes pertenecían a lo que llamaremos "la izquierda". No es extraño que la primera generación de dirigentes radicales estuviera más influida por el progresismo español que las demás (Allen: 7). La "Asociación de Hispanistas" reunía a un gran número de destacados filipinos en las áreas de la literatura y la política, que apoyaba a la República española; entre ellos, por ejemplo, estaba el obispo Gregorio Aglipay, uno de los que "se negaban a aprender inglés por cuestión de principios" (Allen: 16), y Emilio Aguinaldo, el líder de la revolución. Pa-

⁵ Carta al autor fechada el 6 de agosto de 1991.

rece que Aguinaldo no aprendió español antes de la revolución sino después. Con esto quiero decir que el español no era una lengua exclusivamente de las clases altas, sino que antes de la guerra del Pacífico era “incolora”, por así decirlo.

No todo, sin embargo, era brillante para el español de Filipinas. El inglés asumió pronto el mismo atractivo que tuvo el español hasta 1898: la posibilidad de cambiar la propia posición social gracias a la capacidad de dominar la lengua de la autoridad colonial (Rafael: 72). Por otra parte, el nuevo poder colonial tenía que criticar al antiguo amo, con el fin de legitimar su hegemonía política. El efecto visible de esto fue, en general, una imagen cada vez más asociada a la decadencia y a los antiguos valores, y hubo quien la usó para sus propios fines (a saber, para convertir filipinos al protestantismo). Por otra parte el español se usaba como una especie de “símbolo de estatus”, entonces implicaba un aspecto negativo; es decir, excluía de la lengua a los más desfavorecidos.

Tales afirmaciones no eran meras impresiones sino que tenían en algunos casos un fondo de verdad. Se planteaba que para algunas profesiones como la medicina, la química y otras carreras basadas en el conocimiento científico, convenía más escoger francés o alemán en la universidad, ya que estos países estaban tecnológicamente más avanzados. Este hecho no carece de veracidad, y el único argumento que esgrimían en su contra los “hispanistas” era el tan repetido de que la cultura filipina, su historia y el alma y el corazón mismos de lo filipino, seguían ligados a España.

No quiero rebatir la importancia de tal argumento, sino más bien su lógica. Referirse al pasado (a los valores compartidos por ambos países, a los libros escritos en español y así sucesivamente) no podía conquistar adeptos fuera del círculo de los hispanistas; quienes apoyaban el español tenían que ofrecer también un vínculo con el futuro junto al uso de la lengua. El único argumento que ofrecían los hispanistas como mejora del futuro mediante el uso del español era la importancia de sus lazos con Latinoamérica. Posiblemente éste no fue sólo un argumento, sino una herramienta para forjar el futuro de las islas: un acercamiento más estrecho a las repúblicas latinoamericanas, como una alternativa frente a la dependencia de Esta-

dos Unidos o de los vecinos asiáticos. Hay pocas referencias sobre esto, y la más explícita la hizo Theodore Friend sin indicar su fuente: "Algunos críticos pensaban que Mike Elizalde avizoraba una especie de república latinoamericana dominada por mestizos españoles" (Friend: 43). Se podría decir que algunos funcionarios del Commonwealth (incluyendo al presidente Quezón) hubieran podido concebir una oportunidad para el futuro del español en Filipinas mediante el incremento de los lazos con Latinoamérica o, por lo menos, la reafirmación de su identidad española.

El Commonwealth [Protectorado]

El Commonwealth fue, en definitiva, un periodo clave en la definición del rumbo futuro. En relación con la lengua, la nueva constitución estipuló que la futura Lengua Nacional Filipina debía ser oriunda de las islas, y en 1937 el presidente Quezón dio los primeros pasos para hacer que el tagalo fuera la base.

Pese a esto parece que durante el periodo del Commonwealth existió un renovado optimismo en algunos círculos hispanistas sobre las perspectivas para la lengua española después de 1946, fecha de la largamente anhelada independencia. Algunas referencias mencionan un resurgimiento del español durante el Commonwealth, tales como que se hablaba más que antes, o que había aumentado el número de gente que lo estudiaba, y cosas por el estilo, pero debemos tomarlas con alguna reserva, al igual que el informe exageradamente optimista enviado a Madrid por el cónsul español en Manila: "Creo firmemente que si los filipinos obtuvieran su independencia en 1946, la lengua castellana predominaría sobre el inglés en muy pocos años".⁶ Sin embargo, el hecho de que existiera tal optimismo podía significar que existía alguna oportunidad de revertir la tendencia de ese entonces.

La capacidad de la comunidad hispanista de Filipinas para presionar al gobierno acerca de algún asunto en particular, había

⁶ Maldonado, al ministro de Asuntos Extranjeros, Manila, 3 de febrero de 1940, Legajo 1737, exp. 30, Archivo del Ministerio de Asuntos Extranjeros, España.

disminuido radicalmente desde 1936. Ese año estalló la guerra Civil española, y desde entonces las disputas entre los españoles eran tan acres en Filipinas como en la Península misma, aunque ambos bandos impulsaron un aumento del uso de la lengua. Y aunque la mayoría de los hispanistas se puso del lado de los nacionalistas de Franco (incluyendo a todos los ricos), su capacidad de actuar como grupo de presión se vio afectada. Debido a esto, la comunidad española en general quedó un tanto al margen de la corriente principal de la sociedad filipina.

A medida que se desarrollaron los eventos que desembocaron en la segunda guerra mundial, el abismo se hizo mayor. Es decir, mientras más se inclinaba el régimen español hacia el Eje, y con él una parte de la comunidad española o hispanizada de Filipinas, el gobierno filipino, por su parte, aumentaba su colaboración con los estadounidenses. Una lectura del *Philippine Free Press* nos da una idea de esto. Este semanario, que era el más influyente de Filipinas y tenía como director al estadounidense Theo Rogers, durante la década de los treinta todavía le dedicaba de 10 a 12 páginas a la sección en español, de las 72 de que constaba regularmente la revista, aparte de la caricatura y sus comentarios de la primera plana, siempre bilingües. Esta publicación se adhirió con vehemencia a la causa de los nacionalistas de Franco durante la guerra civil; sin embargo, al estallar la guerra europea, en septiembre de 1939 —apenas seis meses después de terminado el conflicto en España— la sección española redujo su número de páginas, así como la calidad de su contenido. En noviembre de 1940, a poco más de un año del inicio de la guerra en Europa, el semanario se volvió una publicación exclusivamente en inglés, tras décadas de haber sido bilingüe.

El *Philippine Free Press* declaró que la razón para suprimir la sección en español era el interés cada vez menor de los anunciantes y de los lectores. La disminución de los anuncios pudo ser un problema técnico, que revelaba que el español se había relegado de la corriente principal, y padecía las consecuencias de ello; se suponía que los anuncios serían leídos por más gente en la sección en inglés que en la española, ya que la mayor parte del público leía más las primeras secciones que las últimas. En cuanto a la supuesta reducción de los lectores, creo

que esto revela más un tinte político, subrayado por el hecho de que sucedió durante un periodo muy corto. De alguna manera esto debió estar conectado con la política editorial de la revista que, como ya dije, apoyaba fuertemente a los aliados en contra del Eje. Buena parte de la comunidad hispanista se unió a la corriente principal en pro de los aliados y la revista, por su parte, evitó hacer críticas duras hacia Franco (en general, optó por no hablar de España). Sin embargo, otros seguramente se sentían incómodos por las burlas hacia Hitler y Mussolini. El desarrollo de la guerra europea, de hecho, ahondó la brecha dentro de la comunidad española, no sólo entre los republicanos izquierdistas y los profranquistas derechistas, sino entre estos últimos y los falangistas proeje y las familias ricas o conservadoras que apoyaban a los aliados. Las rencillas entre estos últimos grupos aceleraron el proceso que llevó a los dirigentes españoles más famosos y ricos a renunciar a su nacionalidad, como fue el caso de Andrés Soriano, los Elizalde o los Roxas, quienes temían que la posible entrada de España a la guerra implicara un daño a sus propiedades (Rodao).

La guerra en el Pacífico

Filipinas, no España, entró a la guerra en diciembre de 1941. Durante la ocupación japonesa y aunque no fue esto lo que se propusieron los invasores, el español sufrió un daño sustancial. La orden ejecutiva dada por el ejército japonés declaraba que el tagalo y el japonés serían las lenguas oficiales de Filipinas. Sin embargo, como el único medio para comunicarse con los filipinos, mientras éstos aprendían el "nippongo", era el inglés, esta lengua fue tolerada. El español quedó en una situación incómoda: no estaba exactamente prohibido, en parte debido a las buenas relaciones iniciales entre Tokio y Madrid, pero como los japoneses no lo entendían, no se podía usar. La prohibición de usar el español en los juzgados causó una queja inmediata de Madrid, lo que hizo que la medida fuera revocada, pero el resto del papeleo y la documentación ya no pudieron seguirse escribiendo en español, pues los nuevos amos no podían controlarlo.

Esta situación generalizada también influyó al Patronato Escolar Español, una institución de enseñanza gratuita del español que antes de la guerra tenía el triple de estudiantes y que tuvo que mudarse a un local más barato y convertirse en el Colegio para niños españoles. Asimismo, el español también le cedió algo de terreno al tagalo: el primer discurso dado en tagalo por un hispanista de la talla de Claro M. Recto tuvo lugar en 1943, durante la “Semana para hablar tagalo”.

La guerra significó también una pérdida de vidas cualitativamente importante. La batalla de Manila se llevó a cabo principalmente en la parte donde vivía la población hispanizada y por lo tanto “buena parte de los testimonios” están escritos en lengua española (Aluit: vi). Además, después de la guerra las condiciones de pobreza provocaron un éxodo masivo de hispanohablantes hacia España.

Por su lado, el español mantuvo hasta cierto punto aquel papel “nacionalista” que tenía antes de la guerra. Las reuniones de los miembros de la oligarquía para decidir si se colaboraba o no con los japoneses se hacían en español, en parte porque era la lengua que aquéllos usaban normalmente y en parte porque así evitaban el control de los japoneses. Esto llevó a un grupo de escritores a idealizar el periodo español (Agoncillo).

Las Filipinas de la posguerra

El cambio más profundo de todos, sin embargo, se produjo dentro de la sociedad filipina. La ola pro estadounidense destruyó todos los tipos de equilibrio que los filipinos habían hecho entre su español, su inglés y las identidades locales. Refiriéndose al periodo previo a la guerra, Theodore Friend declaró: “En un sentido familiar, Usa [*sic*] era la madre, padre y hermano mayor de las Filipinas, un protector en la comunidad internacional” (p. 42)* y tras la guerra, ese papel desempeñado por

* En español en el original.

Estados Unidos se hizo tremendamente importante: los filipinos se volvieron más patriotas que los norteamericanos mismos. En este contexto, la función de la lengua española fue relegada a un rincón y el anterior papel del español, o del hispanismo, como el fiel de la balanza del filipinismo, ya no tuvo razón de ser para la sociedad filipina. Si se usó igual que antes el español como una forma de oposición es algo que está por investigarse, pero entonces estuvo más aislado que nunca. Una observación que hizo sobre el español un profesor de Hong Kong sostiene que "la corriente antinorteamericana (en Filipinas) lo dejó en manos de los hispanistas filipinos" (Whinnom: 1967).

La disminución del papel desempeñado por la lengua española en Filipinas se puede ver en el descenso de la venta de los periódicos en esta lengua: 10 000, en lugar de los 80 000 de antes de la guerra. El único diario en español que se editaba en Manila durante los primeros años después de la guerra fue *La Voz de Manila*, pero tenía varios problemas: mala calidad, noticias anticuadas y un tiraje limitado a cerca de tres mil ejemplares. Esto era un reflejo de la nueva generación educada en escuelas de habla inglesa, que sustituyó a la que antiguamente gobernaba el país. Manuel Roxas, por ejemplo, aunque hablaba fluidamente el español, fue el primer presidente que se formó en la Universidad de Filipinas.

La posición de la comunidad hispanizada también reflejaba el dramático cambio de la imagen de España durante estos años. Si antes de la guerra los mestizos españoles veían a la cultura norteamericana como algo nuevo, no clásico, y por lo tanto podían estar orgullosos de la cultura española por ser Europea, después de la guerra la situación cambió. España, aislada del mundo por los antiguos lazos de Franco con el Eje, era cada vez más considerada como un país atrasado cuya influencia sobre Filipinas era negativa. Friend, para referirnos de nuevo a él, habló de los problemas que encaraban los falangistas.

Fue dentro de este contexto, cuando se promulgaron algunas leyes que promovían la enseñanza obligatoria del español en las escuelas y las universidades. En 1947, la Ley Sotto (*Republic Act*, núm. 343) tuvo como objetivo que el español se

enseñara en las escuelas, aunque en la versión final de la misma sólo se mencionaba como optativo. En mayo de 1952, se aprobó la Ley Magalona (*Republic Act*, núm. 709), la cual establecía la enseñanza obligatoria del español en todas las universidades y escuelas privadas durante dos años consecutivos. En 1957 se aprobó otra propuesta legislativa, conocida como la Ley Cuenco (*Republic Act*, núm. 1881) que exigía 24 unidades de español para cursos como pedagogía, leyes, comercio, artes liberales y el servicio exterior. Una nueva ley redujo esto finalmente a 12 unidades.

Estos proyectos de ley fueron como la estocada final para la lengua española en Filipinas, pues suscitaron manifestaciones entre los estudiantes, quienes no querían estudiar una lengua que sentían inútil para sus vidas. Los compromisos políticos complicaron aún más las cosas, pues sólo condujeron a acallar las protestas y a justificar la necesidad de aprender la lengua. Así, se decidió que de las 24 unidades requeridas, la mitad se dedicara a leer obras de los revolucionarios. No era que estas obras no pudieran inspirar mucho amor a España sino que, pedagógicamente hablando, no tenía sentido que los estudiantes empezaran a aprender una lengua que los introducía a la lectura de novelas, e incluso poemas que eran difíciles de comprender aun para un hablante nativo del español. Aprenderse *El último adiós* en español era difícil, después de que el primer año de estudios se había consagrado casi exclusivamente a la conjugación, como era lo más usual.

A la lengua española le quedaron dos papeles en la sociedad filipina: uno en la vida social, que tenía que ver con los “chismis” [*sic*], la sección más popular de *La Voz de Manila*, como la había sido antes de la guerra en *El Debate*; el otro, el prestigio de pertenecer a la clase alta de la sociedad. Este sentido o significado “elitista” podía cumplir cierto propósito pero, al mismo tiempo podía cumplir el opuesto. Esto fue lo que sucedió, la identificación del idioma español con la oligarquía de Filipinas simbolizó la identidad de todo lo español con los problemas sociales, en aumento en la sociedad Filipina. Que esto fuera o no cierto es algo que excede los límites de este ensayo; no obstante continuamente se señala a Filipinas como

el país que tiene la peor clase alta de la región del Pacífico.⁷ Lo más inquietante fue que esta oligarquía se ligó de inmediato a España y a las familias españolas. Las novelas de Francisco Sionil José revelan una dura crítica hacia los pueblos de habla española, a quienes el autor consideraba en sus novelas como “los más grandes enemigos de Filipinas”. Es probable que esta idea, expresada de una manera vaga, sea aceptada por buena parte de la sociedad. Y naturalmente este hecho ha afectado a quienes quieren hablar español o a quienes podrían hablarlo, y los ha obligado en buena medida a no sentirse orgullosos de esta facultad única. En particular, puede constatarse que no ha habido nuevos hablantes del español desde el fin de la guerra.

Bibliografía

- AGONCILLO, Teodoro (1963), “The Cultural Aspects of the Japanese Occupations”, *Philippines Social Sciences and Humanities*, Manila, diciembre, vol. 28, núm. 4, pp. 351-394.
- ALZONA, Encarnación (1933), *History of Education in the Philippines*, Manila, UP.
- ALLEN, James, *The Radical Left in the Eve of the War*, Manila, New Day Publishers, s.f.
- ALUIT, Alfonso J. (1994), *By Sword and Fire. The Destruction of Manila in World War II, 3 February-3 March 1945*, Manila, edición del autor.
- ARGÜELLES, Belén (1963), “El estado presente de la enseñanza y aprendizaje del idioma español en Filipinas”, *Arbor. Revista General de Investigación y Cultura*, Madrid, vol. 55, núms. 211-212, julio-agosto.
- Census of the Philippines, 1939. Summary for the Philippines and General Report for the Census of Population and Agriculture (1941)*, Manila, Bureau of Printing.
- FOX FREDERICK, S.J. (1953), *Official Spanish Policy concerning elementary education in the Philippines from 1863 to 1898*,

⁷ La referencia es a un informe del Banco Mundial, “Pride and Privilege”, *Far Eastern Economic Review*, Hong Kong, 12 de mayo de 1994, p. 25.

- compared with Official American Policy from 1900 to 1935* (1953), tesis doctoral, Universidad de Chicago.
- FRIEND, Theodore, *Between Two Empires. The Ordeal of the Philippines, 1929-1946* (1965), New Haven, Yale University Press.
- MCCOY, Alfred y Alfredo Roces (1985), *Philippine Cartoons: Political Caricature of the American Era, 1900-1941*, Quezón City, Vera-Reyes.
- RAFAEL, Vicente (1991), "Anticipating Nationhood: Collaboration and Rumor in the Japanese Occupation of Manila", *Diáspora*, 1, primavera.
- RODAO, Florentino, "Falange in the Philippines, 1936-1945", *Philippine Studies*, de próxima aparición.
- WHINNOM, Keith (1954), "Spanish in the Philippines", *Journal of Oriental Studies*, vol. 1, núm. 1, Hong Kong, enero.

